

_PALABRAS PARA FÉLIX

Pocos escritores como Félix Romeo han concitado tras su muerte tantas muestras de cariño y admiración. Las razones son muchas y las conocemos sobradamente todos cuantos lo quisimos: su número inabarcable de amigos, a los que siempre favoreció con un gesto de afecto, con la recomendación de un libro que solo él conocía, con una llamada o un correo que les hiciera recordar, tanto en los mejores como en los peores momentos, que él siempre estaba ahí, igual cuando había que compartir la alegría que en los momentos más duros, cuando más difíciles estaban las cosas; su generosidad extraordinaria, rayana a veces en la prodigalidad; su capacidad para fabricar ideas y proyectos incomparables, fruto de una inteligencia fuera de lo común, que siempre regaló graciosamente entre sus amigos y entre quienes no lo eran, sin pretender jamás lucrarse de ellos; su cultura enciclopédica propia de quien lo ha leído todo; su bonhomía y su ternura conmovedoras, en fin, que, a veces, como sucede con tantos de los nacidos por estos duros y recios parajes, parecía que escondiera tras una apariencia ruda y agreste, tras una pose de chico malo de barrio que de nada le servía, pues se desvanecía en el mismo momento en el que se le dejaba hablar apenas unos minutos y cualquiera percibía el enorme corazón que latía en ese enorme corpachón de vikingo de Las Fuentes. Félix fue un hombre vehemente, apasionado y esencialmente bueno: entre los muy buenos, él fue el mejor. Aunque su personalidad arrolladora, su carácter indómito, su independencia de juicio y de criterio, hicieron que fuera ingobernable para aquellos que, en todos los tiempos y bajo todos los regímenes, aspiran a convertir a los intelectuales en servidores dóciles y paniaguados.

Fue desde siempre amigo de esta revista y de todos cuantos la hacemos. Cuando *Rolde* nació en 1977 Félix solo tenía nueve años. Tardaría apenas diez años en colaborar en ella, pues en 1987 apareció su primer trabajo en la revista: «Tres tigres», un ensayo sobre el panorama literario en Aragón (editoriales, autores...) en el que prestaba mucha atención a Petisme y a Martínez de Pisón. Escribió en *Rolde* siempre que se lo pedimos y sus últimas colaboraciones con nosotros fueron en 2006, cuando participó con el texto titulado «Novela» en el libro que coordinó Fernando Sanmartín, *Andrés Ferrer. Relatos visuales*, sobre la estación de Canfranc, y en 2008, año en el que publicó «En el Mercedes de Labordeta» en el libro coordinado por Javier Aguirre: *José Antonio Labordeta. Creación, compromiso, memoria*. Félix fue un enamorado de Zaragoza y de todo lo aragonés (buscó siempre con pasión por rastros y almonedas los viejos libros de los escritores aragoneses injustamente olvidados, que leyó con fruición y dio a conocer casi antes que nadie, y escribió mucho sobre los autores no aragoneses que habían hablado de Aragón en sus libros: Carlos Dembowski, Rafael Alberti, Catherine Laborde, Miguel Villalta...) y compartió con *Rolde* el amor sin fisuras por esta tierra, la defensa de su cultura y de sus creadores, el esfuerzo generoso –heredado de José Antonio Labordeta, Eloy Fernández Clemente y otros miembros de la generación de *Andalán*– por entregar a nuestros hijos un Aragón mejor, más libre y más culto que el que recibimos de nuestros padres. Y fue el ejemplo a seguir en la conciliación de lo próximo y lo universal: en su imaginario intelectual cabían y convivían con naturalidad Seral y Casas con Eduardo Chicharro, González Bernal con Remedios Varó, García Abrines o Alfonso Buñuel con Hans Arp o Alexander Calder.

Rolde fue su revista, la revista de muchos de sus más viejos amigos, la revista de cultura aragonesa que él siempre leyó. Este número es para él. Y nuestro corazón y nuestro amor para siempre, también.

presentación

